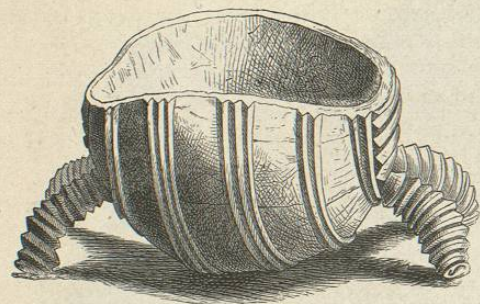


en vez de castigar á unos niños allegados suyos que, por haber huído del país, se veían amenazados con la pena de muerte! La costumbre de la circuncisión que hace entrar á los niños en la pubertad se practica entre los zulús de la misma manera que entre los beshuanos, es decir cambiándoles el nombre, pintándoles el cuerpo con color blanco, zambulléndolos en el río, etc., y de la misma manera las muchachas al pasar á la edad núbil son iniciadas por mujeres ancianas en los deberes de la mujer.

Después de la muerte de un individuo, todos los miembros de la familia toman una medicina y se lavan para preservarse del contagio. La misma costumbre en otro tiempo tan extendida de llevar al muerto fuera de la aldea dejándolo en un lugar solitario, para que su cadáver fuese devorado por las fieras, se justifica por miedo al contagio. Después de una defunción, los parientes del muerto permanecen un gran rato silenciosamente sentados en la cabaña y luego se alejan de ésta prorrumpiendo en lamentos, en lo cual les hacen coro todos los habitantes de la



Vasija de madera de los zulús en forma de tortuga (Museo de la Ciudad, Francfort del Mein)

aldea. Únicamente los caudillos zulús son enterrados semiechados en hoyos abovedados á cuyo alrededor se colocan piedras. Algunas baldosas cierran estos sepulcros, tan estrechos que sólo pueden contener un cadáver y que por regla general están abiertos á un metro del suelo. Estas tumbas se parecen á los hoyos para guardar maíz y otras provisiones. El día de una defunción, no se ordeña en la aldea vaca alguna y no se bebe leche: los parientes más próximos del muerto no se alimentan, hasta el próximo novilunio, más que de raíces silvestres. Cuando muere algún miembro de la familia real, todo el pueblo se lamenta. Al fallecimiento de la madre de Tschaka fueron enterradas vivas con ella 10 muchachas vírgenes y se sacrificaron en honor del cadáver 1,000 bueyes. A los guerreros se les permitió, en honor de la muerte, matar millares de hombres (sería probablemente en la primera guerra que estallase).

A esta descripción á grandes rasgos de la vida exterior de este pueblo, que está tomada de las relaciones de los que desde afuera la estudiaron, es decir de extranjeros, no creemos poder ponerle mejor final que la reproducción fiel (hecha por Grout) de lo que de sí mismo decía un hombre perteneciente á este pueblo: «Por lo que hace á mi nacimiento, nací como sabéis en Umlalazi: y sucedió que siendo aun niño me escapé y me fuí á la cabaña de mi madre. Llegué á ella cuando estaban plantando y pasé el verano; vino el invierno y volvieron á plantar y seguí permaneciendo allí. Sucedió luego que al llegar el invierno vinieron para llevarme. Volví á casa mientras plantaban. Había pasado el verano, y después de otro verano llegó la noticia de que el rey pasaba el río: en efecto, lo pasó y yo me volví. Llegamos y comimos la cosecha que habíamos dejado plantada; y volvimos á plantar y también comimos esta cosecha.

Después sucedió que el rey envió un mensajero para llegar y preguntar, el cual dijo: «¿Qué se ha hecho del rebaño?» En casa le contestaron: «El rebaño ha sido comido al otro lado del río, porque el rey se lo ha dado á las gentes.» En su consecuencia, el rey se apoderó de todo el kral y el pueblo de este nuestro kral fué destruido.

»Pero luego permanecemos, por nuestra parte, allí mismo con el rebaño y nos fuimos con él. El rey vino y tomó 40 cabezas. Luego regresamos nosotros y habitamos en el mismo lugar. Plantamos y volvimos á plantar y plantamos de nuevo. Sucedió, luego, que llegó una noticia que decía: Nongalaza ha sido asesinado. En su consecuencia, toda la tribu levantó el campo y pasó á otra parte, lo cual se conoce con el nombre de fuga del Mawa. Nosotros mismos fuimos arrojados de allí á lanzadas, diciéndonos que todos deberíamos seguir á Mawa. Así es que nos marchamos y cultivamos en el distrito de Hlangezwa. Llegamos á Hlangezwa y plantamos y volvimos á plantar y plantamos una tercera vez. Sucedió después que el rey dijo: «Mi pueblo que se ha mantenido fuerte cuando se le ha dicho que huyera con Mawa, vuelva á su país propio y cultive en él.» En su consecuencia, se fueron y cultivaron en Lungoye, viniendo de Bulawayo. Después, nos fuimos también nosotros y nos dirigimos á donde estaba el rey para vivir en la capital. Últimamente llegaron los servidores y dijeron: que no me era permitido ir al kral del país ni abandonar el oficio de ordeñador del rey sin dejar quien cuidara de ello.

»Sucedió luego que plantaron y después este grano fué comido y más tarde, cuando comenzaban á plantar de nuevo, llegó el rey y preguntó al servidor. «¿En dónde están los niños encargados de ordeñar?» Entonces nosotros los servidores le contestamos diciendo: «En el kral de allí hay tres; aquí, en este kral somos cuatro.» La época de la plantación le encontró todavía viviendo entre nosotros. Más tarde, cuando el grano comenzaba á madurar me dijo la reina: «Ven, desciende y ve con tu madre.» Pero antes de que transcurriera un mes de estar á su lado, llegó un hombre para llevarme consigo. En su consecuencia, la abandoné y regresé allí. Y un día llegó el rey y residió allí, en Tukusa: permaneció cuatro días: nos llamó y nos dijo: «Niños todos que cuidáis de ordeñar mis vacas, todos estáis libres del trabajo vulgar: cuando lleguéis á ser hombres me alegraré de estableceros aquí.» Dijo: «Más tarde, reunid á los demás niños de todos los krales, que vengan y caven en los huertos.» Y los reunimos, y vinieron, y permanecieron y cavaron seis meses. Pasó este verano. Y más adelante, dijo la reina: «Descended y volved á vuestras cabañas.» Y en su consecuencia descendimos, llegamos y permanecemos hasta que volvió á llegar el tiempo de plantar; y luego comimos el grano, permaneciendo siempre en casa. Y cuando hubo sido comido este grano, nos llamó el rey y dijo: «Marchaos todos y cultivad abajo la llanura Kula.» Nos fuimos á la llanura Kula. Y precisamente cuando llegamos allí éramos púberes dos de nosotros, y por esto nos fuimos y nos dirigimos al kral del país y allí permanecemos hasta fines del mes. Transcurrido el mes, regresamos. Y como habíamos permanecido hasta que la luna hubo crecido, llegó la noticia de que había sido llamado el regimiento Sanku: Por esto nos fuimos y llegamos á donde estaba el rey. Y cuando llegamos delante de éste, dióse la orden de que se reuniera todo el ejército. En su consecuencia, éste se reunió, se puso en marcha y partió para Sikwata. Luego regresó de Sikwata. Cuando regresábamos, encontramos á las gentes que arrancaban sus huertos. Así que se hubo recogido esta cosecha, reunióse el ejército y se dirigió contra Amaswasi. Luego regresó de Amaswasi, se vino y se quedó. Pasó el

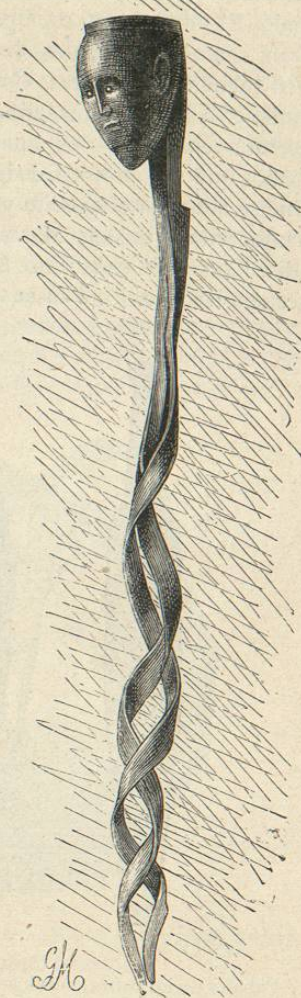
verano, volvieron á plantar y pasó el verano. Y precisamente cuando se disponían á plantar de nuevo, estalló la sublevación, por la cual fuimos destruidos.»

En ningún pueblo negro nos aparece tan íntimamente ligada como en el zulú la vida del individuo y la de la familia con la del pueblo y la del Estado: en ningún pueblo africano, el Estado, representado por el soberano que no es absoluto por más arbitrariamente que pueda conducirse, se introduce tan profundamente en la vida del individuo y en la de la familia; y en ninguno, nótese bien esto, su intervención se extiende tanto. De aquí que no pueda comprenderse la historia ni la vida de este pueblo si no se estudian algo fundamentalmente sus instituciones políticas.

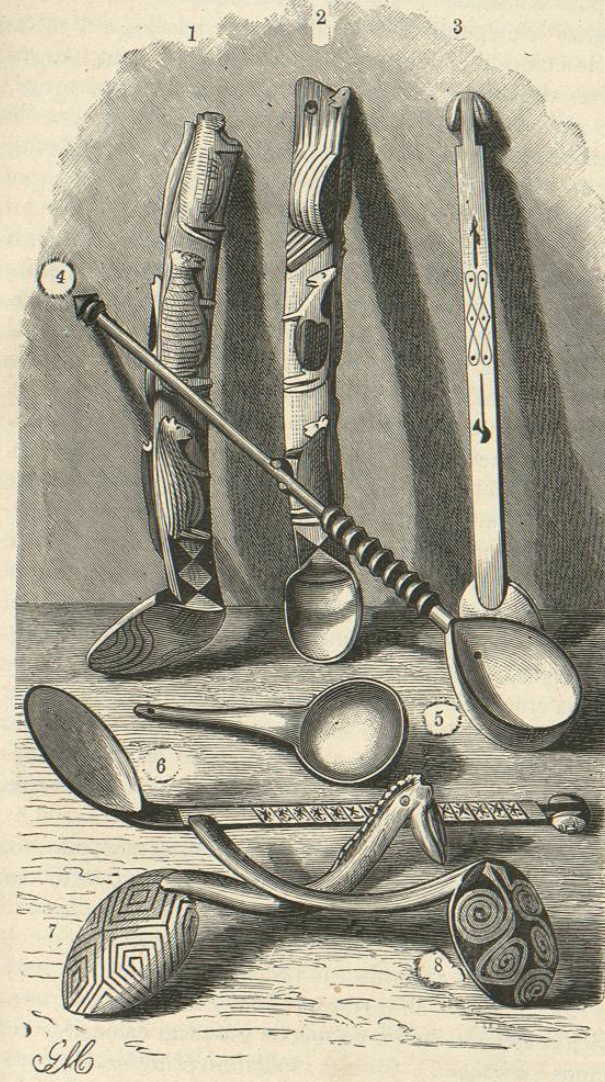
La monarquía de los zulús es un despotismo limitado de un carácter especial: la mayor ó menor extensión de los límites del mismo dependen principalmente del carácter del soberano. Una de las limitaciones del sistema de gobierno la constituye la influencia de los dos indunas principales, que son á la vez primeros ministros y generales en jefe. Por regla general, el rey toma de ellos consejo y ya se comprenderá que no adopta medida alguna de importancia sin su intervención. Gardiner observó ser tan grande la influencia

embaajador hizo, presencié casos notables de extralimitaciones cometidas por estas personalidades en la máquina del gobierno: no sin razón se alababan, delante de él, de ser los oídos y los ojos del rey, indicándole que todas las cuestiones importantes eran puestas en conocimiento de ellos antes de notificarlas al monarca. Después de una importante entrevista celebrada con el rey y los dos ministros para tratar de si se consentiría ó no á los misioneros establecerse en el Zululand, el soberano, que había escuchado atentamente las razones aducidas por sus indunas, dijo: «No quiero oponerme á la decisión de mis indunas.» Cuando Gardiner portador de nuevas proposiciones volvió á Unkingonglove, fué recibido por Dingan estando presentes los dos indunas, y habiendo expresado más enérgicamente que antes su deseo de que se consintiera el establecimiento de los misioneros, el rey, que lo había escuchado todo con mucha atención, se volvió á sus ministros y les dijo: «Ahora habéis de decidir», aceptando luego sin resistencia alguna su decisión. Las declaraciones de guerra, las sentencias de muerte y los repartos de territorios eran asuntos en los cuales ni los mismos

soberanos más absolutos de lo que entonces era Dingan procedían sin previo consentimiento de estos dos indunas. El rey sólo recibía una parte del botín de guerra, la otra parte era para éstos, en unión de los cuales nombraba el monarca á los indunas de inferior categoría. La apelación suprema en las cuestiones de derecho correspondía al monarca. En otras tribus cafres, había el consejo de los *umapakatis*, es decir personas intermediarias entre el príncipe y el pueblo que á menudo dominaban á uno y á otro. «La tiranía está neutralizada por la rivalidad que existe entre los intereses de los tiranos» (Nauhaus). Esos *umapakatis* se atrevían á destronar á un soberano joven para elevar al trono á uno de ellos. El rey tiene una porción de atribuciones que hacen de él, respecto del conjunto de su pueblo, un jefe de tribu patriarcal: correspóndele el derecho de propiedad sobre todo el territorio y todos los bienes de su pueblo, pero no una propiedad personal, sino algunos derechos relativos á la situación de las aldeas y de los pastos. Esto no obstante, posee el monarca para su usufructo especial y para el de sus más próximos parientes un cierto número de aldeas: también suelen poseerlas los principales indunas. De igual manera, aunque con algunas limitaciones, puede el rey disponer de la vida y del tiempo de su pueblo. La confis-



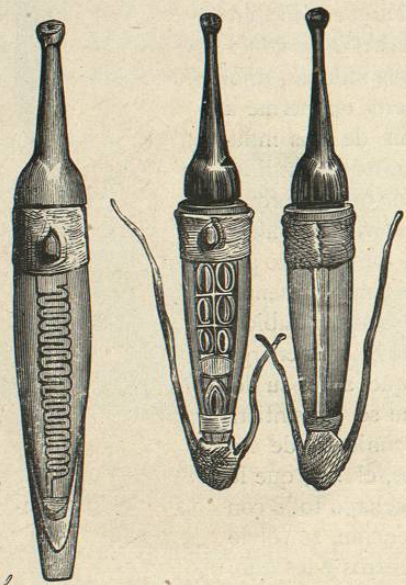
Una caja para rapé, de los zulús, hecha con cuerno de búfalo (Museo etnográfico, Berlín.) 1, de su verdadero tamaño.



1, 2, 3, 6, 7, 8, Cucharas de los zulús: - 4, 5, Cucharas de los mambundas: (Museo etnográfico, Berlín)

de estas dos personas en los primeros años del reinado de Dingan, que dió á aquel gobierno zulú el nombre de triunvirato. El propio autor, en los distintos viajes que como

cación de bienes constituye una de las principales rentas del caudillo cafre, siendo otra los presentes voluntarios, de importancia especial cuando se trata de la declaración de pubertad, que algunas veces son exigidos por la fuerza. Ningún súbdito puede, sin consentimiento del rey, aceptar un regalo. El soberano no es, á pesar de todo, un déspota holgazán, como los orientales, sino que á su cargo va anejo un buen número de deberes. Como guerrero supremo ha de mantener á los soldados, armarlos, inspeccionarlos, y si es necesario recompensarlos, animarlos ó castigarlos. Vigila sus rebaños que son propiedad del Estado puesto que con su carne se alimenta el ejército y con sus pieles se fabrican los escudos para el mismo. Marca el comienzo de la cosecha y la distribución de cada fruto. Cuando alguno llega á su corte espera hacerse rico á costa suya, pues sin su prodigalidad



E. M.

Puñales de los cafres, envainados (Museo etnográfico, Berlín)
1, de su verdadero tamaño

su influencia sería escasa. Es, al propio tiempo, el médico mayor de su pueblo, siendo frecuente encontrar en el Zululand mensajeros que se dirigen apresuradamente á la capital para poner en conocimiento del rey la enfermedad de un oficial de alta graduación. El monarca se entera con interés de la clase de enfermedad y manda el médico que le parece más á propósito: si el mal ofrece peligro, consúltase el caso con los médicos que viven en la capital, los cuales indican las medicinas que han de enviarse.

Las insignias exteriores consisten, á partir de la frecuencia de contacto con los europeos (que es el punto de donde arrancan nuestras noticias) principalmente en la gran abundancia de cosas que se compran á los europeos con bueyes y con marfil, pues como el rey zulú, al igual que la mayoría de los demás príncipes negros, tenía monopolizado el comercio, era el único que podía proporcionarse todas las perlas, armas, etc., que su corazón pudiera ambicionar. La demanda de tales objetos era, por regla general, extraordinaria. Por lo demás, estos príncipes distan mucho de entregarse al lujo sibarítico que caracteriza á los orientales, y antes al contrario podríamos decir que sus costumbres tienen una simplicidad militar, si no fuera por el gran número de mujeres y por sus caprichos que no reconocen límite. Cuando Allen Gardiner, el primer misionero de los zulús, llegó en 1835 al kral de Dingan, un caudillo de segunda categoría encargado de acompañarlo lo condujo hasta la valla que cercaba el palacio, en donde estuvo esperando

hasta que por encima del muro apareció la cabeza y el pecho de un hombre robusto que le estuvo mirando fijamente durante largo rato, sin pronunciar una palabra. Por fin fué conducido á aquel sitio un buey y entonces aquel hombre le dijo: «Este es el animal que te doy para que lo mates,» y desapareció en seguida. Transcurrido un rato, salió á la puerta, se dirigió lentamente á donde estaba Gardiner y se plantó delante de él tieso como una columna, hasta que trajeron una silla en la cual se sentó: su primera pregunta fué por la salud del guía, la segunda por el objeto del viaje, y la tercera, muy especificada, por el número y calidad de los presentes que se hizo describir minuciosamente.

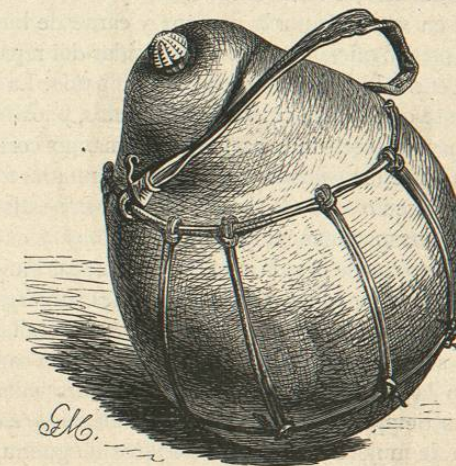
La siguiente historia, sacada de la guerra civil entre Ketschwäyo y Umbelasi (los hijos de Mpande que se disputaban el trono), demuestra en cuánto estiman los príncipes zulús su inviolabilidad; la tomamos del libro de Stannard *Cetywayo and his with the neighbours* (1882). «Umbelasi murió en el campo de batalla á consecuencia de un ataque al corazón: por lo menos, se dice que en su cuerpo no se encontró herida alguna. Falleció de un ataque de disnea y de fatiga. Terminada la batalla, uno de los zulús de su regimiento se presentó á Ketschwäyo y haciéndole grandes saludos le dijo: «Oh príncipe, ahora puedes dormir tranquilo, pues Umbelasi ha muerto. — ¿Por dónde sabes tú que ha muerto? le preguntó aquél. — Porque yo mismo lo he matado, le contestó el zulú. — ¡Tú, perro! dijo el príncipe, ¿tú te has atrevido á levantar tu mano contra la sangre real, y te alabas de ello? ¿Y no temes nada? En la cabeza de Tschaka tendrás la recompensa. Sacadle de aquí.» Y el zulú, que en suma había mentido, fué ejecutado por haberse apoderado de los brazaletes del difunto príncipe. No hubiera sido prudente mirar con indiferencia la muerte de un príncipe tan poderoso, pues la suerte que le había cabido á Umbelasi podía caberle mañana á Ketschwäyo. Esta historia tiene sorprendente semejanza con la del joven que mató á Saul, el ungido del Señor, y que por ello fué muerto por la mano misma de David.»

A pesar de toda su crueldad y de su despotismo ¡cuán arraigada adhesión profesan los zulús á su dinastía «hereditaria»! Se comprende que los 800 caudillos y veteranos que en 1882 entraron en Pieter Maritzburg para pedir á las autoridades coloniales inglesas la reposición de Ketschwäyo, llegaran á imponer á los blancos, y que se revocaran disposiciones anteriormente tomadas, sometiéndose así á la voz del pueblo expresada por medio de tales manifestaciones. Son rasgos característicos del espíritu popular de los cafres que las crueldades de los caudillos no produzcan la menor impresión en el ánimo de sus súbditos y que las violaciones de las antiguas costumbres y sobre todo las debilidades contribuyan á derribar á un príncipe más bien que la más despótica matanza de hombres.

El ejército zulú es una de las organizaciones más perfectas, más eficaces y más duraderas de cuantas han producido los pueblos naturales. Todos los varones son criados, desde su primera juventud, especialmente para el servicio de las armas; y los krales zulús no son propiamente más que grandes campamentos, en los cuales todos los hombres, jóvenes y viejos, están incluidos en una de estas tres categorías: veteranos (*umpagati*), jóvenes soldados (*isimporhlo*, *isinsiswa*) y niños que todavía no han servido (*amabutu*). El uniforme de las dos primeras es el anillo de la cabeza: á los niños no se les permite cortarse el cabello. Aun en tiempo de paz, los hombres pasan la mitad de su vida en ejercicios militares y preparativos de toda clase. Durante el reinado de Dingan, había diseminadas por el Zululand de 14 á 16 distintas ekandas grandes ó pequeñas: las ekandas son una

especie de ciudades de barracas. En las grandes, había de guarnición un regimiento en cada una, compuesto de 600 á 1000 hombres. Entonces se calculaba que las fuerzas militares que los zulús podían llevar á la lucha ascendían á 50,000 hombres (algunos las hacen subir hasta 100,000), de los cuales la mitad estaba constantemente en pie de guerra. Un cierto número de oficiales (*indunas*) y de sub-oficiales mandaban un regimiento, y un induna principal era general en jefe. La capital del país no era, en el fondo, otra cosa que la más grande de esas ekandas, y estaba mandada por 20 indunas, de los cuales los dos principales eran, á la vez, primeros consejeros del rey y mariscales de campo del ejército. El regimiento que estaba de guarnición en ella, compuesto de 900 plazas, era una especie de guardia en la cual servían, turnando de año en año, los caudillos de las pequeñas ciudades (*umnumzana*), medio excelente para que la población del país se penetrara del espíritu que reinaba en la capital, para guardar rehenes en caso de una insurrección y para tener cerca, con lo cual los hacían inofensivos, á los hombres más influyentes del país. Al ser enviados nuevamente á sus ekandas, se entregaba á estos oficiales brazaletes y collares de cobre para recompensar á los soldados beneméritos, y por otra parte se les concedía el derecho de imponer castigos. Otros medios se aplicaban para mantener unidas á aquellas guarniciones con la cabeza y el corazón del país: así por ejemplo, al llegar una época determinada y después de practicar sus evoluciones y sus danzas (á estas últimas y á todos los ejercicios corporales se les daba mayor importancia) se dirigían á la capital para ser revistadas. Además veíanse precisadas á sacar de allí sus nuevos escudos, porque sólo en la capital se mataba un número considerable de bueyes: de cada piel de éstos se hacían dos escudos. Gardiner describe en los siguientes términos la recepción que se hizo á uno de estos contingentes de tropas enviado para tal objeto á la capital de Dingan, Unkingonglove: «Cuando se notificó al rey su llegada á las puertas de la ciudad, dió orden para que se les dejara entrar, é inmediatamente penetraron en ella dando grandes gritos y blandiendo de un modo salvaje sus bastones hasta que llegaron á Isigordlo hicieron alto y formaron en línea á una respetuosa distancia. Entre tanto, presentóse Dingan en su pedestal, y al verlo un ¡*baiale!* general resonó en todas las filas. Poco después avanzó hasta delante de la línea en donde se sentó rodeado de sus generales: entonces se levantó uno de los dos indunas principales y dirigió á la tropa, que no había podido obtener éxito alguno en una reciente expedición llevada á cabo en el país de los matabeles, un discurso salpicado con algunas frases irónicas, que fué contestado por el jefe de aquellos soldados que necesitaban escudos, con una apología no menos enérgica de sí mismo y de sus gentes. Siguió á esto un animado diálogo acompañado de los saltos y de las gesticulaciones más salvajes en el que, además de los dos citados oradores, intervinieron algunos sub-oficiales de esa tropa. Cuando los mutuos reproches llegaban al punto más alto, intervino Dingan dictando un fallo salomónico, por el cual hizo saber á aquellos soldados que no se les darían escudos hasta que trajeran bueyes de Moselikatse. Después se retiró en medio de los aplausos que tan inesperada sentencia arrancó, y á poco rato se dió cerveza á los soldados, los cuales partieron en seguida á fin de juntar al resto de su regimiento para llevar á cima la empresa de robo que les había sido encomendada. La orden dada por Dingan fué, sin embargo, revocada, y á los diez ó doce días regresaron las tropas, á las cuales se había querido simplemente poner á prueba, y recibieron sin ceremonias sus escudos.»

Los combates zulús, que tanto abundan en la historia del Sud de Africa, no son cosa de juego, como sucede con las ridículamente llamadas «guerras» de los africanos del Oeste, sino que en ellos se lucha siempre formalmente y no sólo contra los blancos sino también entre ellos mismos. Un amigo de Stannard describe, como testigo ocular, la batalla que en 1856 se trabó en las orillas del Tugela y que decidió la lucha que por la soberanía del Zululand sostenían Umbelasi y Ketschwäyo, diciendo que fué terrible especialmente cuando entró en combate el experto regimiento de veteranos enviado por Mpande, que, fuerte en 2 ó 3,000 hombres, se arrojó contra uno de los regimientos bisoños de Ketschwäyo. El ruido producido por el choque de los escudos parecíase al fragor del Océano: el viejo regimiento aniquiló al joven después de una lucha que cubrió el campo de cadáveres, y siguió avanzando á pesar de ver clareadas sus filas. Otro regimiento de Ketschwäyo ocupó el lugar del que acababa de ser destruído, entablándose nueva y en-



Una botella de calabaza, de los cafres (Museo etnográfico, Berlín)
1/8 de su verdadero tamaño

carnizada lucha que también terminó con la victoria de los veteranos. Estos habían pagado caro su triunfo y no estaban en situación de proseguir el ataque, en vista de lo cual los jefes de este bizarro regimiento reunieron en pelotón los restos del mismo y lucharon hasta que hubieron perecido todos. La tierra estaba cubierta de cadáveres. Este atrevido ataque de nada sirvió á Umbelasi, pues poco á poco los regimientos de Ketschwäyo empujaron á sus soldados hacia las orillas del Tugela y acabaron por arrojarlos al río. Millares de hombres perecieron en el campo de batalla, y millares en las aguas de aquél.

Esto no obstante, se equivocaría el que creyera que los zulús luchan de la misma manera que entre sí cuando tienen que habérselas con los ejércitos europeos disciplinados y bien armados. En este último caso, sólo sobresalen en las emboscadas: por esto el peor enemigo que han tenido los ingleses en todas las luchas contra los zulús sostenidas, han sido el descuido y la imprevisión. En campo raso, no se resisten esos cafres mucho tiempo. Puede decirse de ellos, sin dejar de hacerles justicia, que su valor es conocido, pero no su resistencia. Los mismos veteranos de Dingan fueron, en 1837, completamente derrotados por los 200 boers mandados por Pretorius, sin que éstos tuvieran que lamentar una sola baja. En tiempo de Ketschwäyo han llegado á manos de los zulús no pocos fusiles, pero nunca han sabido utilizarlos con gran provecho.

Los soberanos zulús son los primeros que dan ejemplo á sus soldados de celibato: ni Tschaka ni Dingan se casaron